

El gran escritor noruego contemporáneo presenta su visión de la obra del pintor expresionista, en una exposición abierta ayer

Munch según Knausgård

LL. MOIX

Oslo. Enviado especial

Edvard Munch (1863-1944) es la gloria nacional de la pintura noruega. Karl Ove Knausgård (1968) es ahora el escritor noruego de mayor proyección internacional. Ambos coinciden en las salas del Museo Munch, en Oslo, donde el segundo ha comisariado –en colaboración con Kari J.Brandtzæg– una exposición de la obra del primero, tras escarbar en los fondos del centro con el afán de dar una nueva visión, más emocional y fresca, de la pintura munchiana. Ambos son, a tenor de lo plasmado en su obra, seres atormentados, partidarios de contar la vida en toda su crudeza. Munch concentró en su célebre cuadro *El grito* la fragilidad y la angustia humanas ante el reto existencial y la fuerza de la naturaleza. A su vez, Knausgård ha consignado con pelos y señales en la descarnada saga autobiográfica *Mi lucha* su tremenda lucha interior, un agudo dolor vital. Pero el primero pintó también una naturaleza soleada, feliz, armónica. Y el segundo es un hombre apuesto y triunfador, que posa para las fotos con la soltura de George Clooney o de cualquier estrella de Hollywood. La muestra que les une lleva el título *Hacia el bosque*, fue inaugurada ayer sábado –estará abierta hasta el 8 de octubre– y promete convertirse en uno de los éxitos del museo, antes de que se traslade, en el 2020, a su nueva sede junto a la ópera de Oslo, ante el fiordo.

El miércoles, en una visita previa a la inauguración, Knausgård se mostró tímido y fue más bien parco en palabras. A su término, huyó raudo hacia la calle, dejando a sus acompañantes clavados ante el último cuadro comentado, como si el contacto con el prójimo le incomodara. He aquí un rasgo común con Munch, que vivió recluso en sí mismo. Sin embargo, la tesis de *Hacia el bosque* es que Munch no sólo fue el pintor de cuadros como *El grito*, *Melancolía* o *Celos*, que expresan desesperación y oscuridad; que en su trayectoria de pionero del expresionismo cabe también una vida cotidiana amable e incluso luminosa.

La exposición reúne 143 obras, bastantes de ellas no exhibidas previamente, y se estructura en cuatro secciones, que no siguen criterios académicos o cronológicos, sino que reflejan la labor de Munch a la luz de su propia evolución emocional. Recibe al visitante *El sol*, única obra famosa del autor presente en la exposición, relativa al astro que es fuente de vida. Esta elección constituye una declaración de principios, y es la antesala de la primera sección, *Luz y paisaje*, dominada por las escenas primaverales. Hay en ella jardines floridos, frutales, juegos o baños infantiles y demás escenas coti-

van apagando y ensombreciendo. Del jardín se avanza hacia el bosque, escenario predilecto de Munch para expresar su soledad existencial. La figura humana va desapareciendo en estas telas. Y cuando permanece, como en *Bajo las estrellas* –una pareja reconfortándose (o “a punto de asesinarse”, según Knausgård), bajo un cielo nocturno a lo Van Gogh, ante un fondo de ventanas iluminadas que sugieren civilización, pero lejana– no hace sino subrayar sus temores. La nieve y la oscuridad van ocupando estos parajes, cuya densidad causa cierto temor, donde abundan los troncos talados, donde la

sensación de estar abandonado en el mundo se afianza; donde el color palidece y el otoño o el invierno parecen haber barrido la primavera.

Las tensiones vitales y psicológicas se manifiestan con particular viveza en estas dos primeras salas. La tercera –*Caos y energía*– refleja la inquietud y la constante reinvención creativa de Munch, por ejemplo mediante las cuatro versiones expuestas del grabado sobre madera *Hacia el bosque*, que da nombre a la muestra y dibuja a una pareja, metáfora de la fragilidad humana, adentrándose en la espesura boscosa. En la cuarta y última sección, titulada *Los otros*, se reúnen los retratos, siempre con un punto de melancolía, a menudo muy notorio, que

Munch hizo de sus familiares, amigos y compañeros de bar.

“Lo que me interesa en Munch –concluye Knausgård, a punto de publicar un libro sobre el pintor titulado *Tanto dolor en tan poca superficie*– son las emociones humanas y su conexión con el mundo. Eso es lo que he tratado de reflejar en mi obra como escritor y también en esta exposición. Para mí, redactar dos mil páginas no supone un gran problema. Pero esta experiencia con la pintura de Munch ha sido extremadamente interesante y exigente. Ves un cuadro por primera vez y crees que lo has entendido. Pero sigues mirándolo y no dejas de descubrir en él nuevas sensaciones. Ves un mundo inacabable de anhelos humanos, y también de angustias infinitas”.



LLÄTZER MOIX

Karl Ove Knausgård, ante el cartel de su exposición

“Para mí, escribir dos mil páginas no es problema, pero en un cuadro de Munch veo un mundo inacabable”

dianas sin rastro de amenaza, alegremente coloreadas, que hablan de paz y de las horas que no hieren. Por ejemplo, las plasmadas en *Chicos bañándose*. O en *Pintor junto a la pared*, una obra tardía, plácida, donde vemos a un hombre pintando la fachada de su casa y sentimos que Munch, al reproducir esta escena, no hace sino celebrar la vida y su dedicación a la pintura.

En la segunda sección, *El bosque*, los brillos de la primera se